

El orden de la caridad según Santo Tomás de Aquino y la Psicoterapia Tomista

Stela Palmeri

Gustavo Corção¹, gran escritor tomista brasileño, afirma en su obra *Claro Escuro*, que trata sobre la legalización del divorcio:

El mundo moderno, en la agonía de las estructuras de egoísmo doctrinariamente construidas y vividas por cuatro siglos de civilización individualista, busca la paz y la felicidad donde jamás podrá encontrarlas. Solo falta que los hombres angustiados de nuestro tiempo descubran que es en el don de sí mismos donde está el gran secreto de la vida².

En efecto, entre los muchos males que trajo consigo la popularización de la psicología moderna en el siglo XX, uno de los más notorios en los consultorios psicológicos es la aceptación del egoísmo como algo natural. Frases como “Necesito amarme más”, “Debo ponerme en primer lugar para ser feliz” y “No es justo que me perjudique para ayudar al otro”, provenientes de libros de autoayuda y de las producciones culturales de masas, penetraron en el imaginario de las personas sin que se dieran cuenta.

Los psicólogos agravan la situación de sus pacientes prescribiendo el egoísmo como línea de tratamiento y camino hacia la felicidad, sin darse cuenta de que es precisamente él la causa de su infelicidad. Como consecuencia, asistimos a una epidemia de personas cada vez más tristes, solitarias y desesperanzadas, incluso con respecto a la propia psicoterapia.

Dice Echavarría:

El amor egoísta de sí no solo se encuentra en el profundo odio contra el amor auténtico en nosotros, contra el yo más profundo, sino que además nos desordena en relación con el amor debido a Dios. El amor recto de sí y el amor a Dios (incluso en el orden natural) están de tal modo conectados que, al quitar uno, cae el otro. Pero este amor natural ya no es posible, después de la Caída, sin la gracia. [...] En el orden sobrenatural es necesaria, además de la gracia que diviniza la naturaleza, la caridad, que nos ordena a Dios como fin último sobrenatural. [...] Pero, al ordenarnos al fin último sobrenatural, la caridad también rectifica nuestro amor natural a Dios, que, como hemos dicho, se encuentra desviado después del pecado original. Por eso, la caridad, al mismo tiempo que conduce nuestra vida sobrenatural, pone orden también en nuestra vida natural, restableciendo la verdadera jerarquía del *ordo amoris*³.

Santo Tomás trata, en la Cuestión 26 de la IIa IIae de la Suma Teológica, sobre dicha orden de la caridad, es decir, sobre la jerarquía de bienes que culmina en la jerarquía de los amores que el hombre virtuoso debe elegir para alcanzar la felicidad.

¹ Gustavo Corção (1896-1978) fue un gran escritor brasileño, novelista y cronista, con ensayos poéticos, filosóficos e históricos. Se destaca por la profundidad de su contenido, por la fidelidad a la doctrina de la Iglesia y por la genialidad de su estilo literario.

² CORÇÃO, Gustavo. Claro escuro. 6.^a ed. Río de Janeiro: Agir, 1967, p. 56.

³ECHAVARRÍA, Martín F. Praxis de la psicología: niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino. Río de Janeiro: Centro Dom Bosco, 2021, p. 380.

Para ello, Santo Tomás establece el principio de ordenación: *de una cosa se dice que es más amada por doble título: o porque ofrece un bien más excelente, o porque es más íntima la unión con ella.*⁴

Según ambos criterios, Dios debe ser amado en primer lugar, con prioridad respecto de uno mismo y del prójimo. Las razones son evidentes: Él es la Bondad misma, y todo lo que es bueno lo es por participación en Él. Además, Dios está más cerca de la persona humana que ella de sí misma, pues es la fuente de su ser, la conoce totalmente y la ama completamente y desde toda la eternidad, conoce sus caminos y desea unirla a sí. La busca, la llama, piensa en ella, provee todo lo necesario para la salvación eterna y para la vida terrena.

Sin embargo, cuando se trata del psicólogo moderno y del paciente común, este primer principio es ignorado, cuando no rechazado por ambos. Desconocen el hecho de que, cuando los pacientes luchan por mejorar sus propias vidas pero están cerrados a la vida de la gracia, todo lo que la psicoterapia podrá hacer por ellos será paliativo, sin una mejora sustancial y definitiva.

Los psicólogos tomistas, por su parte, saben cuánto desea Dios a estas almas, y, por ello, tienen el deber de rezar por ellas, ofrecer sacrificios por sus conversiones y no tener miedo de responder a las preguntas esenciales de la vida humana, que muchas veces aparecen, precisamente, en el consultorio del psicólogo: ¿cuál es el sentido de la muerte y, por tanto, de la vida? ¿Para qué existo? ¿Si Dios existe, por qué sufro tanto?

Es trágico constatar que, actualmente, no es al filósofo, al teólogo, a los padres o a los sacerdotes a quienes se dirigen estas preguntas, sino a los psicólogos. Esto se debe a que, hoy en día, todo es considerado “psicológico”, “emocional” y “mental”. Sabiendo que el hombre es mucho más que sus apetitos, el psicólogo tomista debe estar preparado para responder a estas preguntas con valentía y con prudencia, eligiendo el mejor momento y la forma más adecuada para ajustarse a la inteligencia de cada paciente.

Los psicólogos abiertos a la vida de la gracia pueden confirmar qué experiencia extraordinaria es acompañar el proceso de conversión de un paciente que descubre la verdad sobre Dios y sobre la religión católica, y también cuántos católicos que redescubren la riqueza de la Iglesia y deciden amar a Dios, alejarse del pecado, reordenar su propia vida. Narran, a lo largo del proceso terapéutico, la gran obra que Dios va realizando en su vida y en su corazón. El psicólogo se convierte en testigo ocular de la Providencia espiritual y material, de milagros y de intercesiones.

⁴S.Th. II-II, q. 26, a. 12.

Reforzar la prioridad de Dios en el orden del amor es especialmente importante en la atención de religiosos y religiosas. Sin la visión sobrenatural y el corazón enamorado, quitada la centralidad de Dios, queda al descubierto la falta de sentido y el peso agobiante de las obligaciones y de la convivencia fraterna.

Santo Tomás, así, aclara que *Dios es amado como principio del bien sobre el que se funda el amor de caridad*.⁵

Refuerza Mondin:

La caridad, insiste Santo Tomás, es un amor sobrenatural: sobrenatural en el origen por ser suscitada en nosotros por el Espíritu Santo; sobrenatural en el fin porque con la caridad se ama a Dios como Él se ama a sí mismo; sobrenatural en su misma naturaleza como participación en el amor divino⁶.

Ante tan grande excelencia de tal virtud, podría imaginarse que ella se refiere únicamente a Dios, su objeto más propio. También el Aquinate se hace esta pregunta, si el amor de caridad se limita solamente a Dios y no se extiende al prójimo, y responde:

Ahora bien, la razón del amor al prójimo es Dios, pues lo que debemos amar en el prójimo es que exista en Dios. Es, por lo tanto, evidente que son de la misma especie el acto con que amamos a Dios y el acto con que amamos al prójimo⁷.

En otra cuestión, cita a San Agustín, que dice:

Cuatro cosas hay que amar: al que está sobre nosotros, Dios; al que es nosotros mismos; lo que está junto a nosotros (el prójimo); lo que está por debajo de nosotros, nuestro cuerpo⁸.

Y dedica nueve artículos de la cuestión 26 a esclarecer en qué orden deben ser amados estos otros seres.

Hace más de setecientos años, el Aquinate ya había dado el remedio para la enfermedad del egoísmo del siglo XX, que se pregunta: ¿debo amarme más a mí mismo que al otro?

Dice Santo Tomás:

En el hombre hay dos elementos: su naturaleza espiritual y su naturaleza corporal. Se dice que se ama a sí mismo el hombre cuando se ama según su naturaleza espiritual, como ha quedado ya expuesto (q. 25 a. 7). Bajo este aspecto, después de Dios debe amarse el hombre más a sí mismo que a otro cualquiera. Esto está claro por el motivo mismo de amar. Efectivamente, como hemos expuesto (a. 2; q. 25 a. 12), Dios es amado como principio del bien sobre el que se funda el amor de caridad; el hombre, en cambio, se ama a sí mismo en caridad por ser partícipe de ese bien; el prójimo, empero, es amado como asociado a esa participación. Pero esa asociación se torna en motivo de amor en cuanto implica cierta unión en orden a Dios. Por consiguiente, así como la unidad es superior a la unión, el hecho de participar del bien divino el hombre es superior al hecho de que alguien esté asociado a esa participación. En consecuencia, el hombre debe amarse a sí mismo

⁵ S.Th. II-II, q. 26, a. 4.

⁶ Mondin, Battista. *Dicionário enciclopédico do pensamento de santo Tomás de Aquino*. Edicoes Loyola. São Paulo, SP. 2023. Pág. 108.

⁷ S.Th. II-II, q. 25, a. 1.

⁸S.Th. II-II, q. 25, a. 12.

en caridad más que al prójimo. La confirmación de ello es el hecho de que el hombre no debe incurrir en el mal del pecado, que contraría la participación de la bienaventuranza eterna, por librar al prójimo de un pecado⁹.

Tal respuesta, si se toma de manera superficial y distorsionada, podría parecer que corrobora con el egoísmo. Nada podría estar más alejado de la doctrina del Aquinate, que en toda su obra hace resonar las palabras de Nuestro Señor: *El que quiera salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por causa de mí, la encontrará (Mt 16,25)*¹⁰.

¿Cómo entender, entonces, la instrucción de que una persona que busca la virtud debe amarse más a sí misma que al otro? La clave está justo al comienzo de su respuesta magistral: el hombre se ama a sí mismo cuando se ama en su naturaleza espiritual. Esto quiere decir que el hombre debe “elegirse a sí mismo” o “priorizarse”—para usar palabras que aparecen todos los días en los consultorios—con respecto al otro cuando lo hace en orden a acumular bienes para su propia alma, para su salvación y para el ejercicio de la virtud.

Y así se armoniza perfectamente la priorización de sí mismo con la caridad al otro: cuando la caridad es verdadera, y no está mezclada con vanidad, sometimiento neurótico o enfermedades psíquicas, hacer el bien al otro es, simultáneamente, hacer el bien a uno mismo. Amando al prójimo con el propio amor de Dios, la persona se aproxima a Dios y a sí misma, creciendo en santidad y en autenticidad.

¿De dónde proviene, entonces, toda la infelicidad de las almas que buscan la felicidad en sí mismas? Del hecho de que los hombres y mujeres de nuestro tiempo aman más a su propio cuerpo que a su alma y que al prójimo¹¹.

Esta es, en fin, la personificación del egoísmo, el significado concreto de lo que las personas comunes entienden por “amarse a sí mismas” y “priorizarse”, la vara con la que toman las decisiones en sus vidas y la forma en que viven sus relaciones.

La lista de ejemplos es infinita.

¡Cuán a menudo vemos madres que no desean tener más hijos —y, a veces, ni siquiera el primero— por temer los cambios inevitables que sufrirá su cuerpo, volviéndolas menos jóvenes y menos atractivas! Se ve así que la vanidad es, en el fondo, un desorden del amor. Se renuncia a un alma eterna por una belleza pasajera y fugaz. Algunas otras mujeres, no queriendo admitir que no desean tener hijos por un motivo tan superficial, crean justificaciones muy aceptadas por la sociedad moderna, pero que son ramas del mismo árbol. Dicen que no quieren tener hijos porque dan mucho trabajo, cansancio, dolor y noches de

⁹S.Th. II-II, q. 26, a. 4.

¹⁰CNBB. Bíblia Sagrada. Tradução da Conferência Nacional dos Bispos do Brasil. São Paulo: Edições CNBB. Cf. Mateus, 16,25.

¹¹S.Th. II-II, q. 26, a. 5.

sueño perdido. Es decir: no quieren gastar su propio cuerpo en los procesos inherentes a la generación de una nueva vida.

Otras, incluso, elevan la cuestión a conceptos aún más abstractos. Afirman entonces que no quieren tener hijos porque el mundo está muy caro y no podrán dar a sus hijos la condición que consideran justa y buena. Cuando se pregunta cuáles son esos bienes que desean para los hijos, observamos que son únicamente cosas materiales: acceso a la tecnología, viajes, experiencias, casa, escuelas privadas. Dejan de dar a los hijos el don de la vida espiritual y eterna por no poder proveer a sus cuerpos mortales cosas que el dinero puede comprar.

En los contextos ordinarios de la vida —como el trabajo, el matrimonio, las amistades y la convivencia familiar— gran parte de los conflictos proviene de la indisposición de una persona a acoger las necesidades del otro. Muchas de esas necesidades, por cierto, son de naturaleza espiritual y corresponden a verdaderas obras de misericordia: un consejo prudente, una presencia consoladora en las tristezas, una escucha atenta, una mirada acogedora. Ante estas solicitudes que implican una entrega, es común recurrir a justificaciones como la prisa, el agotamiento o la falta de tiempo. No obstante, al examinar con atención el tiempo que se pretende “ahorrar”, se percibe que, en general, se trata del tiempo reservado para el propio descanso corporal.

Este es el escenario que el psicólogo encuentra con frecuencia delante de sí. Como itinerario terapéutico, el psicoterapeuta tomista puede sacar a la luz esa disputa inconsciente por el primer lugar que se libra en el corazón de su paciente, explicitarle que hay una elección que está siendo hecha, y analizar cuál es el valor objetivo de lo que se está eligiendo y de lo que se está dejando de lado. El psicólogo puede ayudar al paciente a comprender que aquello que es eterno es un bien mayor que aquello que pasa; que lo espiritual es mayor que lo material, que todo lo que tiene valor en esta vida implica algún tipo de sacrificio, y que el sufrimiento humano, si está bien ordenado y dirigido hacia los mayores bienes que existen en este mundo, da mucho fruto y no pasa. En resumen, el psicólogo debe ayudar al paciente a ver la jerarquía de los bienes de acuerdo con la realidad de las cosas.

Otra intervención que puede ser bastante eficaz es la de reflexionar, precisamente, de dónde provienen las ideas ideológicas que sirven de parámetro para decisiones tan importantes. Preguntas como: “¿Quién te dijo eso?”, “¿Qué ejemplos has visto de personas que adoptaron esa regla de vida para sí?”, “¿A quién consideras feliz? ¿Qué tienen esas personas en sus vidas, y qué tuvieron que hacer para alcanzarlo?”, “¿Cómo quieres estar dentro de 20, 30 o 40 años?”

Afortunadamente, una vez ampliada la escala, muchos pacientes, incluso jóvenes, logran desprenderse de la visión del mundo presente y reconocer que hay bienes, al final de la vida, que son muy deseables: una obra de trabajo que haya sido fructífera, un matrimonio estable y feliz, una casa llena de hijos y nietos.

Sin embargo, el nivel de reflexión de las personas en el presente es tan bajo, que es necesario que otra persona trace la línea de razonamiento de que, para que una persona tenga nietos, es necesario que tenga hijos; y para tener hijos, no hay otra opción que pasar por todos los sacrificios que implica tener hijos: noches mal dormidas, todos los desafíos de la educación, las preocupaciones por la salud y todo lo demás. Y, para ello, es necesario reordenar la jerarquía de bienes para que los frutos de la caridad aparezcan.

Por último, en esta cuestión, es válido orientar al paciente hacia el desarrollo de la fortaleza en distintos aspectos de la vida, con el fin de hacerlo más apto para los sacrificios que exige la caridad. Muchas veces, el psicólogo es la única persona que hablará del esfuerzo, del trabajo, del cansancio y del desgaste de una manera positiva, con espíritu alegre y orientado a la realidad y al sentido de la vida.

Una vez establecido que el otro debe ser más amado que el propio cuerpo, Santo Tomás dedica algunos artículos a comparar, entre los prójimos, a quién se debe amar más con amor de caridad.

Hay, en varias de las cuestiones, una doble respuesta, que no implica contradicción, sino que se refiere a los dos principios de la caridad: el propio Dios, considerando la mayor o menor proximidad de los objetos del amor con respecto a Él, y el sujeto que ama, considerando la unión del objeto consigo mismo.

Y aquí entra el gran tema de las relaciones humanas, en especial, de los conflictos familiares.

Si bien es cierto que muchas personas acuden al psicólogo porque no se sienten amadas en el pasado ni en el presente, también es cierto que muchos buscan ayuda porque reconocen que no logran amar como deberían, especialmente en su familia de origen.

En algunos casos, los conflictos surgen por las características individuales de los integrantes. La forma de resolver conflictos, de comunicarse, de procesar las emociones puede ser tan opuesta, que la convivencia se vuelve insoportable si no hay caridad. En otros casos, la familia está marcada por los errores y los pecados de sus miembros, como traiciones, agresividades y vicios, que llevan al debilitamiento de los vínculos y al distanciamiento.

Cuando eso ocurre, las personas comienzan a reservar lo mejor de sí —la paciencia, los elogios, los sacrificios— para las personas de fuera, y para la convivencia en casa quedan solo las críticas, el cansancio, el egoísmo, la falta de tiempo. Dicen frases como “mis amigos son mi familia” o se casan y comienzan una nueva familia “desde cero”, como si no fuesen parte de un árbol genealógico.

Santo Tomás, sin embargo, viene a esclarecer la cuestión, preguntándose si los parientes deben ser amados con mayor caridad que los demás, y responde que sí, porque *la unión basada en el origen natural tiene prioridad y es igualmente la más estable, ya que se da en lo que corresponde a la sustancia (de nuestro ser)*¹².

Al encontrarse con esta respuesta, un católico de buena voluntad podría decir que es una carga demasiado pesada, pues los lazos de la vida familiar son verdaderamente tóxicos y la convivencia es insoportable. En ese punto, vale recordar que el Aquinate está tratando del orden de la caridad, virtud teologal, y no del amor concupiscible proveniente de las pasiones. Y nos enseña que la caridad puede crecer hasta el infinito, *dado que es una participación de la infinita caridad, que es el Espíritu Santo [...] ya que, creciendo la caridad, se incrementa la capacidad para un aumento superior*¹³.

Aún tratando los conflictos familiares, hay muchos casos de disputa entre la familia de origen y la familia constituida por elección. Muchos padres, una vez que los hijos se casan y pasan a tener sus propios hijos, se sienten rechazados y comienzan a exigir cuidados de manera tiránica y autoritaria, reclamando el primer lugar. Además, quizás la disputa más común en el ámbito familiar sea entre suegra y nuera, y probablemente ya en tiempos de Santo Tomás, llevándolo a anticipar la respuesta a una pregunta que se hace hasta hoy.

Santo Tomás, en dos cuestiones, esclarece el problema, preguntándose si los hijos y la esposa deben ser más amados que los propios padres. Para responder, recuerda que:

el grado de amor puede apreciarse de dos maneras. En primer lugar, por parte del objeto. Bajo este aspecto se debe amar más lo que reporta un bien más excelente y lo que tiene mayor semejanza con Dios. [...]En segundo lugar, los grados de amor se toman de parte de quien ama, y en este sentido es más amado el más allegado¹⁴.

Desde el punto de vista del objeto amado, los padres deben ser amados con mayor caridad, porque son amados como principio y por eso representan un bien más eminente y más semejante a Dios. Pero desde el punto de vista de quien ama, explica Santo Tomás, se ama más a los hijos, porque son parte de uno mismo, se les conoce mejor y se les ama desde

¹²S.Th. II-II, q. 26, a. 8.

¹³S.Th. II-II, q. 24, a. 7.

¹⁴S.Th. II-II, q. 26, a. 9.

hace más tiempo, desde que nacieron. En ese mismo sentido, también se ama más al cónyuge, con quien se forma “una sola carne” por el sacramento del matrimonio¹⁵.

Este es uno de los patrimonios de cordura que el gran doctor de la Iglesia nos ha regalado. Aceptar esta doble luz con humildad puede ser un agente de paz en las familias.

En lo que respecta al ámbito terapéutico, a diferencia de lo que proponen muchos enfoques modernos, el psicoterapeuta tomista debe enseñar a sus pacientes lo que el mayor filósofo de la historia ya elaboró sobre el problema que el paciente trae como fuente de sufrimiento al consultorio. El psicólogo no debe dejar al paciente en la oscuridad pudiendo traerle la luz de la verdad. Muchas veces, el reconocimiento del orden que hay en la realidad ya es suficiente para que se disuelvan las tensiones, se calmen las pasiones y para que los pacientes asuman su lugar debido con humildad y sean felices.

Por último, quedan las palabras de Echavarría acerca del papel de la caridad en la antropología humana:

Así, la caridad es principio de orden incluso de nuestro carácter natural. Pero, sobre todo, la caridad, como virtud principal, forma de todas las virtudes, es el centro de la personalidad cristiana, el fin último directivo en relación con todos los fines parciales y medios, a los cuales se refieren las demás virtudes. La caridad nos ordena al fin último absoluto, que es la bienaventuranza en sentido perfecto, la visión y fruición de Dios. Por tanto, es el principio de estructuración de todos los demás aspectos, que, sin ella, carecen de vida y de efectividad, al punto de que, sin ella, no son virtudes en sentido propio.⁹⁹⁵ Por eso, la caridad es la norma y la ley suprema, así como el fin es principio de todas las leyes. La perfección de la persona es la perfección de la caridad¹⁶.

¹⁵S.Th. II-II, q. 26, a. 11.

¹⁶ECHAVARRÍA, Martín F. Praxis de la psicología: niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino. Río de Janeiro: Centro Dom Bosco, 2021. Pág 381.

Resumen

El orden de la caridad según Santo Tomás de Aquino y la Psicoterapia Tomista

El presente artículo se propone abordar el orden de la caridad, según la exposición de Santo Tomás de Aquino en la cuestión 26 de la II-II de la Suma Teológica. Para ello, se parte del principio según el cual es posible amar más una cosa que otra por dos criterios: o bien por ser, por naturaleza, un bien más excelente, o bien por existir una mayor unión con quien ama. A partir de esta distinción, el Aquinate establece la jerarquía de la caridad: en primer lugar, se debe amar a Dios; en segundo lugar, al alma propia; luego, al prójimo, en diferentes formas y grados; y, finalmente, al propio cuerpo. El objetivo del artículo es señalar a los psicólogos tomistas de qué manera las demandas que llegan al consultorio están relacionadas con el desorden de la caridad, y proponer intervenciones terapéuticas compatibles con la antropología tomista. Siendo la caridad el centro de la personalidad cristiana, esta cuestión se muestra de gran relevancia en el campo de la práctica psicológica.

Palabras clave: caridad, psicología tomista, psicoterapia, jerarquía del amor.

Curriculum Vitae

Stela Rezende Palmieri Freire es licenciada en Psicología por la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG) y miembro del Instituto de Psicología Tomista, donde también realizó su posgrado en Psicología Tomista. Actúa como psicóloga clínica atendiendo a niños, adolescentes y adultos. Fue ponente en el II Congreso Internacional de Psicología Tomista, realizado en São Paulo.